

POLVO

Daño Ruido



PROYECTO NÓMADES

Dirección. Francisco "Corcho" Benítez

Coordinación. Rocío Navarro

Diseño editorial. Laura Mutante para *Pulpa Productora*

Foto de tapa POLVO. Andrés Ivancovich

CENTRO CULTURAL ALTERNATIVO

Santa María de Oro 471.
Resistencia. Chaco. Argentina
Tel: +54 9 362 4 45 31 65
cecual.info@gmail.com
www.cecual.com
cecual.blogspot.com.ar
Facebook: Cecual Cultura del Encuentro

INSTITUTO DE CULTURA DEL CHACO

Arturo Illia 245.
Resistencia. Chaco. Argentina
Tel: +54 9 362 4 45 35 47
chacotodaslasculturas@gmail.com
www.culturachaco.com.ar

Este libro se terminó de imprimir en Resistencia, en mayo de 2018.
Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio sin la previa autorización expresa de la editorial
Impreso en Argentina

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY 11.723

A la mujer del momento, siempre...



POLVO en CRÓNICAS DEL PANTANO. Las de Darío Ruido podrían ser las crónicas de una patología. Las del insomnio. Las del hambre y la necesidad y la urgencia. O las de un ayuno la-cerante. Las crónicas de una obsesión. De un cuerpo. De la vida como una queja, persistente, disonante, aburrida. Las crónicas de una lucha entre la búsqueda desesperada de una respuesta y la comodidad sospechosa de la rutina, de los horarios establecidos, de las obligaciones como misión absoluta de una mujer, de un hombre en el mundo.

Si son crónicas son tiempo y si es tiempo se trata de tiempo perdido. Un corredor que no deja de lamentarse por los kilómetros que desanda, los paisajes ignorados en el vértigo, por aquello que no pudo y ya no podrá hacer, las ciudades postergadas por otras, menos enigmáticas, los circuitos vedados. Un corredor sin horizontes, que niega todo futuro. Pura impotencia. El sexo como el blanco elegido, el hueco a través del cual los días desaparecen casi sin sentido, impiadosamente.

Un corredor en cuyo espejo puede mirarse cualquiera de nosotros. Porque como plantea Leonor Arfuch (2002) las categorías de lo privado, lo íntimo y lo público ya no existen con el sentido antagónico que tuvieron hasta la modernidad. A partir del despliegue de las nuevas tecnologías y la incidencia del impacto mediático en las formas de visibilidad de los sujetos, se hace necesario pensar en espacios bio-gráficos constituidos en la ambigüedad. Aquello de que lo personal es político y entonces toda narración acaba siendo colectiva de algún modo. Todo relato de experiencia contendrá la expresión de un grupo, una narrativa común de identidad. Se volverá un medio desde el cual discutir los mandatos que sugieren, informan, uniforman y pretenden controlar nuestros modos de vida.

Allí se juega la relevancia social de narrarse a uno mismo. De escribir con y sobre el cuerpo como un nudo de relaciones solidarias que mezclan a la persona con la colectividad. Esta es la posibilidad que venimos construyendo en la casa cecualera desde 2013, mediante talleres, festivales y ediciones de libros de crónicas. Porque confiamos en la voluntad de estos buzos dispuestos a internarse en el pantano de estas tierras, a escrutar en el barro con el oído atento para escuchar a la gente del lugar, sus experiencias y saberes, tantas veces negados desde los discursos y medios hegemónicos. Porque confiamos en la crónica como un género incómodo en cuyas historias no hay buenos buenísimos o malos diabólicos, sino personas, responsabilidades, cosas que acontecen, narradores dispuestos al diálogo, la duda, a hacerse el tiempo. Porque, en palabras de André Le Bretón (2002), toda crónica acaba celebrando "el hecho de existir, de vivir juntos, de ser diferentes, incluso desiguales, al mismo tiempo débiles y fuertes, felices y tristes, emocionados y frívolos, mortales e inmortales".

Rocío Navarro, mayo de 2018

"Nunca deajo las manos quietas. Me peino el cabello, bebo mi leche y todo está como nublado. Porque no puedo dejar de pensar en esto. Te deseo tanto..."

Betty Draper en Mad Men - Temporada 1

Dispuso todo tan temprano. Se bañó temprano como nunca. Temprano la cena frugal. Las cosas en un orden atípico que presagiaba una velada candente. La cama arreglada y con sábanas limpias. Una fragancia de vainillas impregnaba el ambiente. O quizá lavanda. En cualquier caso un sahumero. Yo, una empanada salteña, picante y jugosa. Me metí en la cucha de inmediato a la espera del Mesías.

Estaba perfumada e hipnótica. Condimentada para el mordisco atolondrado. Me quedé ahí, ansioso un rato y no llegaba. Intenté leer un libro, pero no pude concentrarme. Fui hasta el comedor. Demasiado onerosas son (o eran) nuestras noches e inexplicablemente se había puesto a ver una serie en Netflix. Algo que podía haber postergado para el día siguiente o su “período”, cuando por cierto, no se priva de maratones desquiciadas. Pasé adelante suyo, no se dio por aludida. Entonces comprendí que yo no significaba más que un episodio intermedio, un episodio. Cualquiera. Un episodio que ni fu ni fa. Quizás un prólogo, una preliminar de otra cosa. Podía suceder o no, porque no alteraba en nada el relato completo. Me zampé un Block de Cofler, me lavé por segunda vez los dientes y dormí intranquilo.

No puedo concebir otro vicio que no sea el deseo. *Vicio propio*. El hombre llamado *Deseo*. Como no soy bien compensado sexualmente, busco actividades laterales, distracciones que apacigüen mi cuerpo: corro, sobre todo. Hay la intensidad de correr que, en alguna medida, ocupa un espacio de tiempo. O espacio y tiempo. Corro y despejo por un rato el vapor asfixiante del deseo.

Si de mí dependiera viviría de puro coger. Las pajas sólo alumbran en el hueco de mi frustración. Por un segundo parece que “tengo algo” pero enseguida vuelvo a ser una bolsa vacía. El placer fulminante deriva en fastidio. Así que últimamente las esquivo. ¿Es posible reemplazar el goce del coito?

Mi único subterfugio es escribir. Me baja los decibeles. Ya dije que corro pero si estoy nervioso o irritado, se torna una actividad nociva, así lo siento. Escribiendo es como si pudiese morigerar el descalabro que provocan estos días sin contacto con ella. Escribo escribo escribo, desordenado, sin pausas, me siento frente a la pantalla y escribo lo que salga. Lo vomito. No es la solución, la salida perfecta, pero al menos, en un mundo posible, en mi mundo, aquellos que me perjudican o lastiman salen perdiendo. Alguien tiene que hacerles pagar el mal que causan cuando están despiertos. Las parrafadas incontinentes hacen justicia. Son sentencias.

Como hoy, siempre todo empieza igual, con una chicana mía o una ínfima escena de celos que desemboca en una guerra de palabras sin precedentes. Las tuyas rozan la violencia, la grosería. Aunque intente justificarlas es consciente de que pecan de excesivas. Recuerdo bien lo que le dije esta mañana, por ejemplo, mientras desayunábamos, le insinué que comía demasiado y que así no podía pretender bajar de peso. Es ella la que se lamenta. La que anda por los pasillos quejándose de su inconstancia o su mala suerte. Después, alguna otra frase aislada con respecto al auto, que no lo lavaba o no le cargaba nafta... que "el coche no se mueve por mera voluntad" dije.

Al mediodía le achaqué que no tenía ningún "interés por innovar" en la cocina, y sé que fue un golpe bajo íntimamente ligado al sexo, porque si algo le reprocho es su falta de imaginación en la cama. No recuerdo en qué punto estalló, como dice ella. "Ahí reventé". Ahora me quedo acá. Todavía no me acostumbré a lo que sigue, la indiferencia por tres o cuatro días como mínimo. Una especie de asco mutuo sobreviene. Todavía no me acostumbré, después de tantos años. Sobre todo a no coger innumerables noches, mañanas, siestas. Un tiempo en blanco, perdido. El tiempo sin tiempo.

Los días esfumados. La vida insustancial. Los trámites exasperantes. Ir a buscar. Ir a llevar. Ir a comprar. Ir a pagar. Venir. Llegar. Esperar. Encargar. Esperar. Pagar. Volver a salir. Reparar un olvido. Discutir. Perder. Esperar. Escuchar. Aceptar. Volver. Callar. La frente marchita las manos vacías. Masticar, rumiar. Gritar. Resignarse. Procurar dormir. Esperar el sueño. Despabilarse a la madrugada. Caminar por los pasillos de la casa detrás de documentos impalpables. Fumar con rabia. Esperar.

Increíble el tiempo que se desperdicia haciendo colas en supermercados o jugueterías o cajeros automáticos en fechas cruciales o conmemorativas. Podríamos estar cogiendo. Digo, el mundo sería un lugar más plácido si todos fornicaran y dejaran de consumir por consumir. Ahora también filas virtuales. Imagino miles de idiotas frente a computadoras comprándose zapatillas, sacos, entradas para festivales, pasajes en avión, buscando hoteles a precios irrisorios mientras sus mujeres aguardan en la habitación, abiertas, mojadas, desesperadas, y no tienen más alternativa que tocarse o dormirse. Mi solidaridad para con ellas.

Cada vez que regreso al aeropuerto y eso es al menos dos veces por semana, la busco y no la encuentro. Creo que la conocí corriendo, aunque puede que la haya visto en otra parte, antes, paseando despreocupadamente por una feria o en una fiesta privada. Corría bien, a respetable ritmo quiero decir. "Corre rápido para ser mujer" decretaban mis prejuicios. Era alta, además de bonita, más alta que yo que soy normal o algo así; su altura me intimidaba y me sentía en la obligación de hacer un esfuerzo sobrehumano para seguir su tranco largo. Pero eso, apenas era una sensación, porque la verdad es que yo siempre estaba adelante, un par de metros, y en ocasiones le permitía que me igualase para intercambiar unas palabras. No se achicaba, nunca dijo "hasta acá nomas" o "descanso". Era testaruda y guapita. No me abandonaba.

Cuando llegábamos al final de los seis u ocho kilómetros previstos, me alteraba el sudor que se deslizaba sobre sus hombros desnudos, el fino rubor de mejillas, la respiración entrecortada, irregular, y la manera de hablar medio a los saltos, claro, porque el corazón la debía estar apremiando, con sus palpitaciones enloquecidas producto del vértigo. Después se despedía, me daba un beso en la boca y sonrisa. Iba hasta su auto y ya no parecía tan bella ni poderosa como unos segundos antes. Toda partida implica una mengua.

No sé cuándo se perdió del todo, habrá sido luego de unas vacaciones de verano. Quizás aprovecho la eventualidad para borrarse, para desplazarme de su vida porque le molestaba o tenía nuevos intereses. No sé qué piensan los amores cuando se alejan. Porque por lo general recurren a eufemismos, mentiras piadosas o gambetas extravagantes. Debe ser que no era suficiente correr a mi lado, sentir el boqueo o mi exigencia hasta el suplicio, ni el hondo beso del final. Beso certero y mojado de toda agua. Habrá sido exiguo para ella. Correr es una actividad intensa pero inconclusa. Nunca se llega a ningún lugar. Las metas son ficticias. El amor tampoco tiene horizonte. No llegamos a coger, puede que la haya defraudado.

De su mano depende mi descanso y mi desvelo. Y yo qué sé, si eso está bien o si está mal. Si soy un adicto patológico, un trastornado. Nunca tuve un cuerpo muy tranquilo, no acepto vivir en un territorio uniforme, sin desórdenes. Así me gusta, de la calma a la tormenta repentina, el beso furioso, la guerra, el amasijo en sus múltiples versiones. No quiero bajar de esta montaña rusa.

Bienaventurados los que cogen porque de ellos es el placer extraordinario. La atmósfera solemne de palacios o catedrales deshabitadas. Habitaciones frescas y sombrías. El atardecer junto al mar. La noche de cara a las estrellas. La existencia continua e inexplicable de las canciones. Bienaventurados los que cogen, porque ellos son dioses un rato. Polvo es el nombre de Dios. Y al polvo vamos.

Conozco su discurso y de memoria. Supongo que ella conoce el mío, aunque por lo general uno pretende ser el más astuto y que no se le adviertan tanto las mañas (igual que las arrugas). Sé lo que va a decir a continuación y lo dice nomás. ¿Sabrá ella que sé o es una idiota? "Ves, esto es lo

que conseguís, por una noche que no cogés, haces un quilombo bárbaro y después no cogemos una semana entera. Pero es adrede, ya te calé, sé cómo operás. ¿Sabés lo que tenés que hacer? Andá a llorar tus miserias con las pelotudas que te chupan el culo en Facebook, andá con esas putas y garchen, garchen todos, hagan una orgía y dejen de romper las pelotas a la gente". Pienso en "la gente", esa entidad políticamente correcta pero no individualizable. No acoto nada. Eso sería echar más nafta al fuego.

Me especializo en "*Oratoria del rompebolos*". Adhiero a esa horda de histéricos, desequilibrados que un día te atrapan como un fanático y al siguiente te ignoran olímpicamente. Que dejan de amarte en un parpadeo. Que le escapan a la justificación y se recluyen, así sean víctima o verdugo. Mientras tanto, exijo un auditorio dispuesto y tolerante. Un oyente que interprete la queja como prólogo del goce. De otro modo (él o ella) no comprendería que alguien se empecine en "molestar". En sacarlo de las casillas para después invitarlo a un viaje placentero. Como si el disgusto (el dolor) fuese el precio a pagar. Un peaje ineludible.

Anoche me quedé viendo *Antes del amanecer* por cuarta o quinta vez. Fue como un acto de rebeldía considerando que era muy factible que ella tuviese ganas de coger. Una anomalía. No sé, la veía predispuesta, arrojaba frases sugerentes, me rozaba con su mano el culo, al pasar, mientras yo pelaba papas. Pero estaba retobado y quise hacerle pagar un par de viejos desprecios. Con cierta convicción negativa elegí mi malbec y la película. Pregunta Julie: "¿por qué todos piensan que el conflicto es tan malo?". Nosotros venimos de un conflicto, ya estoy elaborando otro. Me sonrió con malevolencia. Arriesgo que no hay otra forma de mantener el fuego con su forma de fuego.

Los días que pasan son martes, miércoles, jueves, viernes, sábado. El lunes se queda a mirar el final de una serie de zombies. El final de la enésima temporada. Otra vez sopa. Parece que dicha ausencia está justificada. Nada. El martes insinúo, en algún momento, quizá las dos de la mañana. Advierte que está enojada, que no puede coger en tales condiciones. El miércoles duermo relativamente bien. Antes toco pero retrocedo. Creo que llego devastado y por eso mi cuerpo colapsa. El jueves tiro una frase ácida, ella refunfuña. Y enseguida está roncando. Martes, miércoles, jueves. Los tres días fumo, me hago una paja, me hundo en una rutina pesada. No sé por qué tengo la idea de que la masturbación va a suplir al sexo, quizá porque es sexo y punto. Pero no. Todas las noches, insomnio. Por la mañana soy un espantapájaros. No merezco el respeto de nadie. El viento me desequilibra. Del viernes para el sábado, madrugada del sábado, digamos, insisto con mano entre sus piernas. No estoy muy convencido pero tengo la pija bien parada. Ella otorga. No se resiste, al menos. La humedezco. "Hago el trabajito" como le gusta chicanear. No se mueve, sólo se deja y se nota que se deja. La obligo casi a montar. Se balancea. Parece excitada. Presumo que acaba. Enseguida yo arriba. Otra vez adivino su orgasmo. Aunque es posible que

esté fingiendo. Quizá después de tantos días, para ella “esto es una obligación”, carburo. No sé qué hora es. Desciende de mí y duerme.

Por la mañana me siento estafado, como si se me hubiese dado una limosna. Vuelvo a especular con que “cogió porque le parecía una desmesura estar cinco días sin hacerlo con su esposo, algo de culpa le hizo mella”. Es todo tan estúpido, nos comportamos como adolescentes. Paradójicamente, no puedo concebir una pareja feliz que no sea “adolescente”, genital al máximo, histórica. No puedo imaginarme sin deseos, de irme, de quedarme, de meterme. Quiero que llegue todo. Quiero que no llegue nada. Lo que llega, arrastra la cruz de su final. Si no llega, todavía palpita en el éxtasis de la espera.

Alguna vez quisiera besar los muslos de una maratonista, apretar con mis manos sus tobillos gruesos, deslizar mi lengua por sus pantorrillas de piedra, dejar que esas piernas como dos serpientes constrictoras rodeen mis caderas y que su sexo me degluta, las dos piernas de mi corredora favorita elevadas al cielo, de los pies veloces los dedos crispados como los de quien adora a un Dios tremendo.

Sé que cumplimos años de estar juntos. Muchos. A la noche nos dormimos abombados por el alcohol. Como siempre, despierto nervioso. Fumo. Ella no puede huir. Nos manoseamos. Cogemos. Bastante bien. Después damos vueltas. Preparo mates. Tomamos sin hablar. Me toca de nuevo pero su tentativa queda en el aire. Deviene amague intrascendente. Puede ser que de eso se trate: mi expectativa con respecto a su mano, a su boca. Estoy esperando que vaya más allá y, sin embargo, sólo toca, de un modo superficial, casi desinteresado. Toca como si acariciara a un muerto. Como si velara al reciente polvo y no existiese lugar para la continuidad. No hay una actitud de amante en ella, más bien de trabajadora frustrada.

“Me enferma no tener sexo. Como ahora. Me duele todo el cuerpo. La última vez que cogí fue el viernes, con mi novio. Terminamos de coger y me largué a llorar. No ando bien sentimentalmente y todo influye. Al otro lo conocí cuando no tenía novio. Estaba soltera en vacaciones y ahora lo vi hace una semana y no me animé a decirle que volví porque él estaba enganchado. Me preguntó si quería ser mamá algún día, que quiere una familia, dijo, como máximo dentro de tres años. Tiene 35. Me presentó a todos los amigos como su novia. Nadie podía creer, parece que hace años no lo ven con una chica. Él está esperando que me reciba y me vaya a vivir a Buenos Aires. Imaginate el quilombo. Miro a mi novio y me siento una bestia. No me olvido de lo que me prometiste, aunque pasen cinco novios. A vos te quiero y sos irresistible para mí. Necesito tenerte”.

Pasamos de tener una vida sexual óptima, de repente, a una paupérrima, en la que no ocurre nada, ni una caricia atrevida, ni una insinuación. Es como si por arte de magia nos hubiésemos convertido en septuagenarios. No somos jóvenes, tampoco ancianos. Estamos más o menos en la mitad de la existencia, se podría deducir un equilibrio, una madurez. No pido que garchemos todos los días, aunque tengo ganas todos los días. El deseo es algo que en mí no reposa. El cuerpo de ella es el problema. Cansado, flojo, sin voluntad. O sólo es su cuerpo junto el mío. La monogamia (la fidelidad), tal como se entiende en nuestra sociedad, es un chiste. Sólo Cristo pudo dar de comer a cinco mil tipos con tres peces y cinco panes.

Me inscribo en yoga y se me ocurre que Buda me va a rescatar. Los efectos se perciben rápido y son bastante duraderos. Es decir, puedo dormir bien durante las noches que suceden a la clase y esas son dos o tres. A la mañana siguiente, mis compañeros me ven de buen humor. Aunque no por mucho tiempo. Enseguida todo vuelve a la normalidad, al temblor, al ansia. Coger es la tabla de salvación. Pero el mar se expande tanto que la tabla se torna cómica. El mar se burla de mi tablita. Estoy prendido a ella con débil entusiasmo. A veces quiero dejar que mi cuerpo naufrague. Capitular.

Cansada siempre está, es su estado natural: extenuada. No hay manera de batallar contra eso. Y se trata de un cansancio monstruoso, un chupasangre, otra víctima del almohadón de plumas de Quiroga, anciana prematura, ni siquiera sus abuelos exhiben semejante lentitud y desaliento. Por lo general se justifica a sí misma: "yo soy yo, nadie está en mi cuerpo". Podría haber compartido dicho argumento, estoy de acuerdo con que el dolor es exclusivo e intransferible. Pero en ella no existe intención, ni ganas de torcer la historia.

Mi hipótesis es que vivirá cansada por el resto de sus días y sin perspectivas de cura, doblada, encorvada, partida. Resignada, como esperando la muerte que, en definitiva, la sacará de su padecimiento. Si estuviese esperando otra cosa, un príncipe azul, el Mesías, creo que ya se le hubiera escapado una palabra, la chispa de su ilusión. Una sonrisa, al menos, con anclaje en el futuro.

En algún momento también me cansé de fracasar. La observaba por la noche o a la madrugada -si me despertaba a orinar o con sed, cuando me iba a trabajar- inmóvil en la misma posición, un bodoque debajo de las sábanas. La ecuación simple: una mujer postrada conviviendo con un hombre inquieto. Un dilema reparable en una sola jugada. Cirugía sencilla y sin daños ulteriores. Un corte. O no.

Sin embargo, ella insiste, sosteniendo como sea la estructura de la relación. Alguna vez la comparé con un personaje patético de Kafka, creo que la gorda Brunelda. Se la pasa dando órdenes desde la cama o el sofá, despatarrada, sudorosa, agitada. Comiendo manzanas, peras, duraznos o rascando la pulpa de una sandía con cuchara, sorbiendo de modo desagradable, mientras mira televisión, una película, una serie, un reality show y se queja de su cuerpo estropeado.

En ocasiones doy con carozos cubiertos de hormigas en el suelo. A veces la descubro rascándose la argolla, en un gesto que me parece más *apropiado* del macho que considera que entre sus derechos figura el de amasijarse las pelotas públicamente, sin escrúpulos ni sutilezas.

Cansada siempre está y por lo tanto, nuestra vida sexual es una fotografía que amarillea, un eco inaudible. Algo que como la lluvia para Borges "*sucede en el pasado*". Fui fastidioso un tiempo largo. Hubiese podido indemnizarme en otros cuerpos, no me faltaban oportunidades y de todos los gustos. Gordas, flacas, pálidas, morenas, discretas, histéricas, poetas, contadoras, alguna agente uniformada, docentes y también hombres, muchos hombres me echaban el ojo. Mi mejor amiga, una ex amante, una hermana, aseguraban que yo daba el *target* para ser deseado por homosexuales y tenía que ser verdad nomás, porque adonde fuese era destinatario de insinuaciones o invitaciones descaradas. No me desagradan las expresiones de deseo, como canta Calamaro "*todo el mundo tiene que pedir*". Aunque como dijo en una entrevista el actor Gastón Pauls "*todavía no encontré el hombre que me mueva el piso*".

Supongo que su cansancio me está dirigido igual que una flecha envenenada. Nada indirecta. No puedo dejar de pensar en eso mientras sucede. Un cansancio que apenas interrumpe para los viajes o cuando recibimos invitados o durante las fiestas. Sé que podría sonar despechado, pero yo no siento nada. Antes sí sentía, después, mi estrategia de salir deparó buenos resultados. Fue un proceso lento y doloroso. Una especie de cicatrización con altibajos.

Asumo que la idea o la posibilidad de tener una amante es controversial, pero estoy dispuesto a discutirla, echar las cartas sobre la mesa, sobre todo ahora que los polvos maritales se tornan infrecuentes y que hay una pendeja que me despeina. No puedo ocultar mi interés. Pero no soy insensato. Siempre había especulado con que las aventuras podían darnos aire, ella se había opuesto sin siquiera argumentar. O en todo caso, basándose en una mera cuestión moral.

Yo me refería a un amante especial, alguien que sacándonos de nuestro territorio nos devolviese sano(s) y salvo(s). Había analizado la cuestión, incluso en la oportunidad en que ella tuvo su *revolución* vengativo. El amante que nos mimaba, nos hace vibrar, pero no nos retiene.

Quiero hablar del tema, de nuevo, de mi inminente amante, de mis urgencias. Esas que ella no puede remediar, porque sus prioridades son otras.

Ojalá que estés desnuda cuando llegue, cuando llegue la noche inaugural, la tarde, la siesta, la madrugada, la hora que sea, desnuda la hora, tu cuerpo desnudo. Que no quede nada de lo que despojarte, ni pantalón ni blusa ni piel. Que estés desnuda y la noche, fieramente, desnuda, algo parecido a un tigre en la oscuridad, a sus ojos que relampaguean y subrayan su propia desnudez, sus hermosas rayas de bengala, la noche, el tigre. Qué estés desnuda igual que piedra y mojada como río. Que no me toque la engorrosa tarea de tener que desvestir lo muy cubierto ni calentar el aire. Por favor, desnuda, adentro también, cuando ya esté adentro, más desnudo que

al principio de todo, bola de carne desnuda, sin elucubración ni trauma, que debe ser lo mismo. Como el mundo desnudo, allá ité y ahora y siempre.

Pero la paja, la ansiedad de las madrugadas, el insomnio, las fumatas, no son sólo eso. La paja, específicamente, que parece un acto tan taxativo y poco ambiguo, es el síntoma de otra cosa. Ahora lo sé. Me masturbo, tengo menos probabilidades de padecer cáncer de próstata, dicen. Me masturbo todos los días. Ocupo un tiempo que es como un agujero, un espacio inservible. Quizá después descanso. Quizá mi cabeza desmaya tras la faena. Pero no es el amor. No es el deseo. Una paja es un aullido. El simulacro del orgasmo. Una parodia. Lamerse la herida y eso no es metáfora. La paja saca su triste lengua creyendo que puede sanar y acaba siendo una burla de sí.

Después de pasar una temporada con el gatito, Tebi volvió a la cama chica y yo volví a la cama chica y me abracé, a Tebi, como si me abrazara a Sharapova. Pero el oso no gimió como María.

Su cuerpo estaba más blando e insensible o quizá fuese ocurrencia mía. Si Sharapova durmiera una noche conmigo, estoy seguro, no querría irse más, me pediría permiso para quedarse por el resto de su vida. No sé cómo porque es rusa y no nos entenderíamos con palabras. Aunque sí con el cuerpo. Ella es blanca y tiene las piernas largas, piernas para abrazarme cuando estoy mal y eso es, exactamente: todas las noches. Tendríamos que comprar una cama muy grande, sí. Para que se desplace sin problemas igual que por el césped de Wimbledon. No sé qué pensará ella, pero tengo el presentimiento de que tiene ganas. Quiere venir y siente que los días serán bastante tediosos mientras yo duerma con Tebi. Un peluche mudo. En mi casa los durmientes son como muertos. Me parece que ni siquiera sueñan.

Quizá le mande un mail a Sharapova uno de estos días. No creo que rechace mi oferta. Acá puede gritar todo lo que quiera, no la voy a impugnar como esos locutores mojigatos. Puede moverse de lado a lado de la cama. Rodar sobre mí, aplastarme, abrazarme, levantar trofeos, darme reveses con la mano. Digo Sharapova porque debe ser una de esas insomnes intensas (como yo) que está esperando algo a las 3 de la mañana, un globo descomunal, una palabra hermética, una mano impertinente colándose entre sus piernas largas. Algo que la haga gemir.

Anoche y anteanoche. Lo mismo. Siempre una sucesión, pero inconexa. Después o primero. Nada que altere el orden de la desazón. Mañana siquiera. Si llegara, el futuro sería una réplica, un temblor sin matices, otro feroz manto de piedad. Menos o igual. O más, quizás, y sin embargo, una prolongación aburrida. Ni pan ni torta. Ni fu ni fa. Ni chicha ni limonada. Un reloj, eso, estúpidas vueltas sobre una superficie muerta.

Desperté o no desperté. Quizá nunca dormí. A las 3 estaba con los ojos como huevos fritos, ahora son las 6. Perdí la noción de todo, de la ubicación, del equilibrio. La abstinencia me aísla, me

pone en una celda.

Como el voyeur hay que tener un poco de perversión, es decir, conservar algo de infancia. Mentir sinceramente. Delinquir con amor. Espiar como si uno fuese Dios. Pedir lo imposible. Refregarse en el barro. Humillarse.

Resigno la noche. La proscribo. Ya no es espacio de placer, la noche. Un viejo acepta mendrugos. Carezco de dientes filosos. Muerdo el polvo. Digo mal. Primero soy desplazado, luego resigno la noche, me resigno. Es una derrota sin atenuantes. Me acomodo entre los algodones de la autocompasión. Ahí me siento mejor. Es bueno tener de qué quejarse, de quién quejarse.

La noche es un continente amplio. No es sencillo renunciar a sus beneficios. Es casi como decretar un anticipo de muerte. De hecho, mi cama deja de ser campo de batalla placentero, sangre, sudor y lágrimas, para convertirse en nicho compartido. Reposo, frío y oscuro.

¿Qué tienen los viernes y Brasil y las montañas y los ríos? Nada que no se pueda ver en los desmesurados actos de coger y emborracharse. Quiero decir, disfruto más en pedo o chupando una concha que mirando el mar y derivados. O el viernes con su ridícula vanidad de paraíso. Los viernes son domingos y los lunes martes. Brasil es Chaco. Los lugares, los días, sólo valen en relación al sexo que deparan o prometen.

Adonde vaya espero que haya cama para fornicar. O una dama promiscua. O devoción al sexo. El turismo no me interesa sino como intervalo. No quiero ver bailar mujeres en pelotas durante los festejos de carnaval. Si hay danza y desborde que sea el preanuncio de un rito íntimo. Una hipérbole fugaz de carne y fluidos.

Mi única experiencia trascendente es el cuerpo ajeno. No veo a Dios de otra forma. No en el mar, no en montañas, no en templos antiguos ni en catedrales góticas. El corazón de Dios es el orgasmo.

A lo mejor quiero, a lo mejor no quiero. Siempre está la opción de dejar la canoa en el medio del río. A riesgo de ser tomado por histérico. La dinámica de los encuentros debe prever la defecación.

No me alcanza. Todo es poco. Cualquier poronga chica. Los huecos por llenar, siempre, insondables. *Por activo y por pasivo es mi tormento.*

Cuando despertéapestaba del rotundo olor a sexo y aunque me fregué con agua y jabón el aroma se empecinó y no se fue. Me sentí hediondo. No pude explicarme el origen del asunto y temí que en la oficina, pudiese resultar una gran incomodidad. Estaba solo, estoy solo. Soy como un viudo de siglos. Y huérfano. Y despreciado. Tejé hipótesis delirantes. ¿Soñé y acabé? ¿Me

masturbé mecánicamente a la madrugada? Y en todo caso, ¿no sería el olor de una confluencia onírica? ¿O es que ya estoy impregnado sin solución por la magnitud de la carencia?

Salgan ustedes nomás, yo me quedo acá a escuchar canciones tristes y trato de escribir algo nada feliz o leo un cuento, los mismos poemas de ayer y después cosito solitario y a dos manos. Parece que hay muchas actividades en la ciudad, vayan al sol, a la humedad, al aire irrespirable. Vayan por ahí, hay ferias artesanales. Los domingos la gente se amontona en la peatonal y disfruta cualquier espectáculo que se ofrezca a la gorra o gratis, un payaso berreta, bailarines, músicos sin futuro. Lleven mate y miren vidrieras. Algunos negocios abren sus puertas. Tal vez pueden comprar una chuchería, pero no gasten tanto. El aeropuerto y las placitas están plagados. Literalmente plagados. No les aconsejo. No sé, merienden, caminen, abúrrense, escuchen misa. La costanera de Corrientes es otra opción.

No hay razón para quedarse encerrado un domingo. Soy yo el que no quiere salir. Parece que todo lo que se llena afuera saliera de mí y me dejase vacío.

Hace mucho frío y está lindo para dormir. No nos cuesta tanto rendirnos frente al frío. No a nosotros que ya somos viejos y tenemos más sueño, porque tenemos más muerte. Frío es el nombre primordial del hábito, de la apatía. Pero no es el frío que conocíamos, no el de ovillarse juntos y calentar. Nunca pedí esto. Yo quería el frío que el burgués puede dominar. No el que al final nos cabe a todos, el de la arcilla, de los laberintos subterráneos, del gusano. Durmamos acá, a hueso pelado, como en Comala, sin el fuego que viene desde adentro. Sin pensamiento. Congelados.

"Si me emborracho hago locuras. Me encanta que me hagan la cola cuando estoy borracha. Dame birra y haceme la cola. Te lo ruego. Dame ese gusto por lo menos. Una vez me emborraché e hice el amor con una chica, en el baño de un pub. Mi novio me siguió y escuchó los gemidos. No me vio, pero escuchó. Supo lo que había pasado. Se puso muy celoso. Siempre pensé que se pondría celoso por un hombre, sin embargo, esto fue una locura. Me costó meses convencerlo de que volviese conmigo".

A partir del día de la fecha me declaro formalmente "viejo e incogible". Todo prescribe en la vida, hasta el fuego, aunque sea inolvidable. Lo cual no implica, por supuesto, que abandone la práctica. Sino sólo que lo haré en mi nueva y definitiva condición de viejo. Seguro que con altibajos. No hay que desesperar. Para todo roto existe un descosido. Para un hombre incogible hay una mujer incogible. O en su defecto, otro hombre. A veces pienso que perdí el juicio.

Luego: me adapto a la vejez, asumo ser el destinatario de todos los pretextos, "estoy cansada", "no tengo tiempo", "no te convengo". Me siento una bolsa de boxeo, todas las piñas de lleno y bien justificadas.

Cuándo deja de ser una lolita y se convierte en un objeto demasiado comestible. No veinte años, quizá veinticinco, seguro treinta. Cuándo un Don Juan deviene viejo verde, baboso, sátiro, esperpento. Oscilo entre esas variables que se cruzan, luchan dentro de mí. Están el prejuicio, la moral, las imposiciones culturales. Están la culpa, el miedo, el terror a ser eschachado. El deseo, lo admito, puede arrastrarme a riesgos innecesarios. Hay "niñas" de las que uno cree, "no debe privarse". Pero a la vez, nadie quiere recibir la condena del depravado.

Los regalos. La dimensión de los obsequios. Ya no me hace feliz recibir una remerita, un vino, un libro. Los tomo. Los consumo, sí, igual que todos. Pero no representan más que limosnas. Ténganlo en cuenta. Soy un banco quebrantado. Me depositan monedas en el sombrero roto. Las monedas son opacas y se filtran por un agujero. Los regalos ya no brillan a esta altura. Las monedas se devaluaron en razón de las variables económicas (amorosas). El deseo, como la economía, se moviliza por meras expectativas. Sólo la temperatura del cuerpo trama regalos emocionantes. El abrazo, el beso de lengua, el orgasmo, la mirada ensoñada en el punto de ebullición. Toda ofrenda proviene del cuerpo. Todo agradecimiento es un regalo. Quisiera ser menos categórico, o disimular mejor. Poner una linda cara cuando alguien me da un chocolate o un par de medias. O en todo caso, que los regalos palpiten, saliven, suden, tengan fiebre. O deriven en...

Estás diez horas escuchando a un experto en la nada misma. Tres horas soportando aparatos que prometen devolverle firmeza a tu carne y suavidad a tu piel. Seis horas intentando que una manada comprenda las variables del lenguaje. Y no tenés media hora para el beso, la caricia, el flujo tibio del goce. Ese es para mí el síntoma concreto, rotundo, irrefutable de la alienación. La negación del deseo. La pérdida demencial de las proporciones temporales, físicas, de tus posibilidades. Y ya no hablo más. Porque hay que seguir viviendo aunque no se coja.

Imposible seguir el ritmo de una nena. Porque las cosas nunca terminan en la cama. Sólo empiezan ahí o se trata de un detalle, por cierto, no menor. Establece sus condiciones y tiene diversos caprichos que omito para no ponerme mal o discutir. Es absurdo pelearse con alguien al que todo le chupa un huevo. Una persona para la cual los dramas del mundo se resuelven sacándose pelusa y mugre del ombligo. No tengo nada para cuestionar, es casi adolescente.

Si de ella dependiera, me exhibiría como si yo fuera el gran trofeo, sin importarle demasiado mi situación ni lo que dirían sus amigos o su novio, si se enterasen de casualidad, la ciudad es chica, los rumores tienen campo propicio. "No pierdo nada" repite y caminar por la cornisa la enardece.

Es un poco, cómo decir, alborotada, pero no deja de ser una experiencia diferente. Visceral. "Carece de madurez", no mide la fuerza de su mano, ni de su boca, ni de su cuerpo cuando se mueve arriba, en cuatro patas o abajo y señala a modo de consigna política: "yo no soy chica de abajo" y se escurre, monta de nuevo. Y acaba. De verdad acaba, con tal vehemencia que pareciera que se arroga la última palabra. Que no hay vida después.

Quiero creer que esta timidez es un último refugio de inocencia. Imposible que nos acerquemos sin golpearnos, sin atropellarnos, sin ser niños.

Tengo las palabras - memorizo, perfecciono - las adorno para deslumbrarte. Pero enseguida pierdo el habla y hago el ridículo. Todo plan se desmorona con la vergüenza de por medio.

Ella dice que soy un hombre grande, que debería manejar bien determinadas cosas. Que yo tendría que llevar las riendas de la relación, los tiempos, los espacios, "actuar como un verdugo" dice. Me pone en evidencia, me hace sentir un idiota. "¿Quién es el inmaduro acá?" chicanea sin piedad.

Me embarco en una aventura sexual casi obligada. Digo: como si tuviese el deber de cumplir, de satisfacerla o tal vez, de respetar una norma implícita. Me emperro, pero cuando estoy entre sus piernas, todo boca, todo lengua y labios, siento que lamo una superficie insensible. Una carne que cuesta mucho persuadir, ablandar. Que se resiste, que no se entrega. A la par que procuro, me hundo, me voy quedando sin armas. Me des-erotizo. Pierdo vuelo. Lo recupero pensando en alguna otra cosa, pero eso dura segundos. Mi organismo no reacciona como corresponde. Hablo de virilidad. Me encierro a fumar en el baño. Estoy a punto de extraer una conclusión. La percibo. Pero una voz que viene desde tiempos remotos se interpone: "tenés que coger". Reafirmar un rasgo. Entre ella y yo se reproduce otra escaramuza, un fragmento redundante de la guerra total entre lo establecido y el cambio. El deseo queda atrapado entre ejércitos ciegos que ni siquiera consideran su presencia.

"Si, vos siempre que me hablas o te veo me mojo, soy sensible, encima esa foto que pegaste en el perfil, Dios, estoy enamorada. Por qué no nos vamos, yo te voy a cuidar cuando seas más viejito. Mierda, donde hay tipos así en Resistencia, decime, necesito tener uno que me coja bien y no me esquive como vos. Vos sos un desastre, pero igual te amo. Me caso con vos, puto. Llévame en tu auto, comprame cervezas, dame cigarrillos, sólo quiero chuparte la pija y que me preguntes cuántas pijas me chupé mientras no me dabas bola. Dale, dame un par de horas".

Es tarde. Estoy en la ruta del viejo choto, eso es evidente. No me quejo. Pongo discretos "me gusta" a todo aquello que en realidad "me encanta". Ahora me cuido, tengo ganas de echarme

unas *canitas al aire* pero algunos riesgos ya no tienen sentido. Recalculo igual que un GPS.

Ahora sé perfectamente las cosas que no voy a volver a hacer y que, si pudiera las rectificaría. Reincidir con ciertas tipas, por ejemplo, que pasaron rápidamente del sexo express y clandestino a la recriminación amorosa, a la victimización, incluso al chantaje camuflado, sin mediar otra cosa más que el polvo y como si en el fragor del polvo hubiesen vislumbrado una salvación.

Nunca tuve problemas con el reclamo ni las escenas, no es que me asustaran o me pusiesen en *aprietos*, sólo que de repente las veía (y hablo de dos) como mujeres impertinentes, que se tomaban atribuciones que yo no les había concedido. Tal vez me equivoco y el contacto carnal es en sí un guiño, un permiso. En este tiempo, hasta un mero vínculo lingüístico comunicacional, legitima una derivación rizomática de acciones, de asedios, de usurpaciones. Una neutralización del otro por intervención del propio deseo, capricho o apetito.

Estuve tratando de recordar el mejor polvo. El mejor polvo de nuestra historia. Hubo muchos al principio, pero hay uno que se me viene a la cabeza. Una noche en la que le pregunto si por la tarde había estado con otro hombre. La pregunta no tenía ningún sustento de realidad. Sólo la formulé. Sin embargo, fue capaz de tejer un relato verosímil sobre un encuentro furtivo con ese otro, en un departamento fantasma, al salir de la escuela. Una escena sexual arrebatada, intensa. Todo de parados, no absolutamente desnudos, muy desprolija. "No pude acabar, él sí, entre mis tetas" dijo. Yo tuve que hacer mucha fuerza para no eyacular mientras me contaba. Ella dijo que tuvo conmigo todos los orgasmos de los que se privó por la tarde, con ese hombre.

Después nos quedamos hablando un rato sobre la posibilidad de concretar con terceros, incorporarlos de algún modo a nuestra rutina sexual. El tercero anónimo, sin nombre que amenaza con desequilibrar la armonía del relato cotidiano. El elemento incómodo que nos obliga a proteger. Pero ella dijo categóricamente "no", que yo era un "enfermo del culo". Me quedo pensando si es una puritana o sus deslices sólo pueden ser en contramano.

Una derivación narrativa del calibre del orgasmo no puede medirse en minutos, ni en pulsaciones, ni en volumen. Hay una forma, que es crucial. Quiero decir, el orgasmo se origina mucho más en un relato previo que en una frotación encarnizada Y deriva en relato y en otro y otro.

No se llega a orgasmo sino pensando que las cosas podrían estar siendo de un modo distinto. Que ahí donde se planta bandera y se siembra hubo un adelantado. Y habrá uno que tome posesión cuando seamos letra muerta de la historia.

Ese cuerpo no me pertenece, ni sus puertas, y su carne bien podría ser pulpa de otro carnicero. Mientras tanto, corto, machaco, sazono. O como dice Barthes: *"Estar con quien se ama y pensar en otra cosa: es de esta manera que tengo los mejores pensamientos, que invento lo mejor y más adecuado para mi trabajo"*.

"Me cogía en su casa, me cocinaba y me quedaba a dormir. Lástima que está con los "bendecidos". El líder me rompió el orto y el corazón así que no quiero hablar más de él. Ya te conté la historia. Yo había cortado con mi novio y él me apuró. Estaba en una crisis grande, muy susceptible y se aprovechó de eso. Igual ya lo perdoné y está todo más que bien, es alto compañero. Él me cogía con convicción chamigo, si no entraba por las buenas entraba por las malas. Es así, vos tenes que ser más violento jaja tenés que tenerme como tu perra".

Ya soy viejo, pero a las nuevas generaciones hay que inculcarles la máxima de "coge o muere". Muere. Porque después sólo vienen los achaques, las impotencias, la suma de todas las frustraciones. Soy despojado de los beneficios del goce. Pensé que esto duraría hasta los setenta, ochenta años. Pero no dura dura. Afloja. Me dedico a la alimentación de mascotas. A la indagación de noticias redundantes. A cebar mates, me dedico. Me resigné. Ya soy viejo. Ya morí.

Pastillas mágicas dicen que hay. Pero no sirven si tu pija no es varita. No puede sacar chispas ni conejos de ningún sombrero. Tomo Alplax. No me quejo. O si me quejo es con una mera intención literaria. La pija de repente es una metáfora. Las bolas, adornitos. Fin del mundo.

No puedo ir con este deseo a la maratón. Porque pesa mucho. Mi deseo es (un) chanco. Nadie debería, ¿o es que piensan que sólo corren las mujeres y los hombres sin deseo? No, también corren los que desean con exageración. Yo arriesgaría que los corredores son seres muy ávidos. Enfermos de deseo. Pero no puedo ir a correr con mi deseo. No yo. Y me hago una paja.

Correr con un deseo contenido es como llevar un acoplado. Las cosas se ponen embarazosas enseguida. Las performances no son óptimas. Si no cojo, corro. Esa nunca es la mejor opción. Lo sé. No estoy tranquilo. Tiemblo. Sufro. Como cuando no se me para. Correr por coger es duplicar un sufrimiento.

Estamos cogiendo más o menos bien. No con la desmesura de los polvos antológicos, pero tampoco es menor. De casualidad descubro sus lentes sobre la mesita de luz, tan intelectuales, tan de profe de letras. Los agarro y se los coloco sin pedirle permiso. Primero se ríe, después creo que logro contagiarle el fervor que me provoca el detalle. Se calienta, es indudable. Empieza a temblar y casi como nunca hace, me anuncia que no aguanta más y que está a punto de acabar. Hunde sus uñas en mi espalda y acaba. Pienso que los lentes son como un tercer elemento, algo que remite al afuera, que de uno u otro modo, desequilibra. Ojos para ver mejor o distorsionado.

"Mi última experiencia fue con mi novio, pero con él no hay nada novedoso. Siempre lo mismo, de costado, yo arriba y se terminó. Nos dormimos. Antes había estado con el líder y él se abusó de mi borrachera,

me acabó en la cola, algo que me gustaría que vos me hagás, por ejemplo.

Yo no te conté algo, me daba un poco de vergüenza. También estuve con el secretario del líder y la verdad es que los dos cogen muy bien pero el líder le pasa el trapo. Y ahora tengo que verlo de nuevo. Me encanta ese morbo de tenerlos enfrente, primero porque odio a la novia del secretario y segundo porque el líder no se puede enterar que estuve con un subordinado, se enojaría mucho y ese juego me fascina. Soy demasiado puta, viste. Encima, un día estuve con uno y al siguiente con el otro y fue pura adrenalina.

Y en la última movilización, estábamos en una ronda, cuando vos cruzaste ¿te acordás? Y mis amigos me miraban cagándose de risa, porque no sólo me había cogido a esos dos, sino a otros dos más que estaban ahí. Fue incómodo, y a la vez imposible no sentirse campeona mundial de algo".

Vivís, luchás intensamente contra la degradación, contra el tiempo. Te afeitás, te cortás las uñas, de las manos, de los pies, tomás mucha agua, te ponés cremas que retrasen las arrugas, que disimulen la celulitis, las estrías, corrés, vas al gym, te hacés electrodos, ahorrás, empezás una dieta, comés sano, dejás el alcohol, los cigarrillos, las drogas, te empecinás en artificios que te rescaten del dolor.

Amás y te sentás, con la mesa servida. No hacés mucho, sólo te servís de ese plato cada vez más vacío. Hasta que se termina, y se termina. Llorás estúpidamente.

Nómade, sin territorio, sin posesiones, sin dominios, sin rutas fijas, casi sin cuerpo. O un cuerpo constituido por expectativas y deseos. Nómade, un indigente, un náufrago, un desesperado. Un hombre con lo puesto. Busca una sombra, una orilla, un oasis, "un cuerpo para amar". Busco.

Por todos lados veo artículos en los que se destacan los beneficios de coger diariamente. Yo sólo pienso en comprarme zapatillas. Libros. Pienso en ir a recitales. No se me da coger. Digo, en las cantidades que exijo. Así que me hago el tonto, disimulo esos baches. Arreglo esta carencia consumiendo.

En algún momento sin hora de la madrugada quise prenderme de su culo pulposo, inabarcable (así conjuro pesadillas) y sólo caché un culito menor, gordo digamos pero que cabía todo en mi mano - derecha y revolucionaria, paradójicamente -. No sé qué hacía ahí, entre nosotros ese tercer habitante de la casa, cómo y cuando llegó, sin dudas atravesando la oscuridad y desafiando fantasmas, todo eso que por alguna extraña razón le causa miedo cuando hay tanta luz y está acompañada. El caso es que llegó y después, con su culito de rana en la mano volví a dormirme, dichoso, invencible, inmortal. Y eso lo juro. En el medio de la noche parece imposible discernir quién es el más débil.

"No me gustan todos, tampoco, si fuese así estaría 25 horas al día garchando. Pasa que estos pibes no son lindos como vos, no tienen tu físico, pero me chamujan con onda, me calientan, me mueven otra cosa. Con el secretario creo que fue de pura hija de puta nomás, por odio a su novia. Pero ahí me di cuenta de que el tipo "labura" bien. A tu pregunta: no sé si soy adicta o es sólo la edad, una cuestión con las hormonas. Es como que todo me chupa un huevo. Yo a vos te veo igual a mí, pero reservado.

Pero soy re sentimental. Eso sí lo tengo bien de canceriana. Lo que me pasa con vos no es lo mismo que con los pibes, es algo muy distinto a todo lo que me tocó hasta ahora. Me fascina, te disfruto cogiendo o no cogiendo, no sé cómo explicarlo. El secretario fue sólo coger. Me tiró un centro y aproveché. Me generaba placer el hecho de coger con el novio de una mina que detesto. Aunque después el polvo fue glorioso. Al líder le tengo más aprecio. Pero a los dos podría decirles que no me rompan más las bolas. Con vos me costaría demasiado. Ni siquiera me importa que me cojas o me cojas mal o si acabo o no acabo, me conformo con que me toques al menos. Muy sentimental eso. Muy de cáncer. Y si no querés tocarme, no me gustaría no ser tu amiga.

Igual las últimas veces fueron geniales y sos el único que me trata tan lindo en la cama. Como que me siento querida, porque ni mi novio me hace sentir así y sé que es cursi pero para mí es lo importante de esto".

Me gusta sacarme la ropa, lo reconozco - después de correr, cuando voy a bañarme o a yacer amorosamente con una mujer (o dormir) -, hay algo en ese acto, una reivindicación. Como si en vez de ropa me despojara de fantasmas.

Qué riesgo que se acerque tanto, qué riesgo para mí. Advierto que es linda, tiene un lunar pequeño al borde del ojo izquierdo. Tiene su mejilla - izquierda también - rozando la mía, la derecha, claro. Yo no tengo nada, apenas sueño. Sólo la energía magnética, tibia, que atrae mi carne hacia la suya. Sólo mis ojos perplejos. La huelo como si fuera un guiso en invierno.

Yo imagino que querés saber tanto que terminás sabiendo nada. Porque cualquier conocimiento no hace más que agregar un ladrillito a la estructura espantosa de lo predecible, de lo inexorable. Una acumulación que oculta lo importante. Y lo peor es aceptar que las cosas van a suceder de una determinada forma, desterrar, por lo tanto, la posibilidad del milagro, de la sorpresa, no dejar ningún margen para el asombro.

Naturalmente, el que sabe mucho adhiere a un dogma, cree que los hechos van a resultar tal como lo describe la teoría. Se aferra a sus apuntes, los adora, les otorga la jerarquía de dioses infalibles. Nadie va a convencerlo de nada, tampoco, porque un párrafo o un concepto pueden

depararle la misma emoción que a un niño le produce su primer viaje en avión. Aunque sin *saber* no habría avión. Trastabillo. Un poco como ayer en la carrera, pero de otro modo, porque cuando pienso en aviones no pienso como un niño, para quien el avión es obvio, algo que estuvo desde siempre. Apenas una variante del pájaro. Para mí no. Yo sé que eso es fruto del avance tecnológico científico, del progreso, de un febril y minucioso trabajo de *laboratorio*. Estoy contaminado, corrompido. La ingenuidad es una utopía. Queda el juego.

Ayer cuando iba por la mitad del circuito un avión pasó, y no es que no le prestase atención, porque algo de mí sí se conmovió, no sé si el oído, tal vez fue una reminiscencia, el eco de un primitivo deseo de ser piloto que no pudo ser materializado nunca. A mis viejos no les importaba mi deseo y sí, tal vez, que cumpliera la mayoría de edad para deshacerse de mí. O que estudiara para contador, abogado o consiguiese un puesto de cajero en un supermercado.

Pasó el avión, pero yo iba mirando a Antonio, o sea, la espalda de Antonio, sus patas chuecas, su avance imperturbable. Apenas largamos me llevaba unos cincuenta metros. Enseguida cien. Doscientos. Al final, presumo que cerca de cuatrocientos. Tres o cuatro minutos. La lógica dice que siempre voy a perder con él. Pero la lógica no considera imponderables, por ejemplo, que él se canse un día o se lastime, se tropiece. Ojalá no suceda. No quiero el mal para nadie. La lógica tampoco tiene en cuenta el deseo. Y puede que alguna vez yo corra con tanto deseo que ese deseo sea, incluso más fuerte que todas las variables de mi cuerpo, el entrenamiento, la resistencia, el descanso previo. Más fuerte que Antonio y las suyas. El deseo es un tornado.

Es increíble que acabada la carrera yo haya podido echarme un polvo. Fue inesperado y sin embargo bienvenido. Coger es lo mejor. Coger es correr, tomar, comer, soñar y ser piloto, una síntesis perfecta.

La carrera se quedó en el cuerpo como una suma de dolores. Pero el nuevo placer la desplazó. Desapareció Antonio, por suerte sólo de mi vista y no en manos del Estado. Quizás él ya estaba pensando en la próxima maratón y en que el reposo era lo aconsejable. No puede permitirse un polvo ni cerveza. Aunque quién sabe. No lo conozco tanto. Por ahí él corre como un animal lleno de deseo. Conozco bestias así, que sólo van detrás de su instinto, ciegas, impulsadas por el poderoso pulmón de la incertidumbre.

Siempre presumo que va a ser la última tristeza, que luego voy a tomar el toro por las astas, y no. No es la última. "Mejor" trato de persuadirme. Nada bueno hay en lo previsible. Prefiero vivir en esta condena de curvas. La sorpresa poco tiene que ver con el método y el cálculo. El goce, nada con la recta.

El deseo no se deja atrapar, a veces te mira con soberbia desde la escalera, se escabulle, se oculta, me quedo con sus reverberaciones -con las ganas-. Sus maullidos de gato perdiéndose lentamente por la extensión difusa del muro.

Tuve hambre. Me habló. Cesó el hambre. Enmudeció. Regresó el hambre. No tengo muchas

opciones, intento una charla nueva, me enredo en una disputa ideológica o moral o compro torta parrilla. Me convengo de que con ningún discurso bien enunciado la voy a arrastrar hacia la cama. Le llevo bizcochitos de manteca. Están calientes. Me mira de otro modo, con cariño.

El camino narrativo es muy costoso e inútil si el interlocutor no desea escuchar. La reincidencia en las palabras, un gesto vano.

Es preciso admitir que hablar mucho y bien no garantiza llegar, convencer de algo, seducir. Mucha gente te escucha resignada. Muchas veces el otro se ve rodeado de palabras que no le dicen nada. Sólo espera una propuesta concreta o el momento de huir.

El amante parlanchín pierde. La palabra es un indeseado instrumento burocrático. El presente exige ir a los bifés. *Cuelgo y voy a verte.*

Coger siempre es antes. Postergar un polvo es mutilar el día. Los eventos sociales, deportivos, culturales. Los velorios. Los almuerzos. La correspondencia. El sueño. Las películas y las canciones. Todo está impugnado si no se coge. Una prórroga de la existencia en esas condiciones es indigna.

Yo vibro en el deseo y necesito calmarlo mientras no se hace carne. Le acaricio el lomo igual que a un cachorro tierno, consciente de que lo que menos hay en él es mansedumbre.

Ajustarse al presupuesto del amor es negar el placer. No lo puedo ver de otro modo si amor y deseo son condenados a bullir en un solo cuerpo. Un amor se resquebraja en el regateo del cuerpo. Con la negociación empieza otra historia, la sociedad casi anónima, la existencia espectral.

Insisto, no hay vida si no se coge. Lo que queda es una mera supervivencia. Sólo coger demora parcialmente los estragos de la muerte.

Antes cogía todo el tiempo. De noche era una obviedad. A la madrugada, si de repente, regresaba el deseo. A la mañana, muchas veces. A la siesta. Los fines de semana de un modo apoteósico.

Asisto. Cada vez más, espectador impávido. Transeúnte sin voz ni voto. Una reducción del campo de batalla, abolición del tiempo, del deseo. Soy despojado de funciones. Me asignan actividades menores, intrascendentes para el desarrollo de la sociedad. Se me impone silencio. A Maradona le cortan las piernas. A Don Draper le censuran la magia. Siento que se me minimiza.

Vivo con alguien vencido. Su derrota me involucra. Soy forzosamente solidario por los efectos de la mora. No firmé nunca un acta. Firmé un pagaré en calidad de garante. Sólo queda dividir las miserias que dejará la empresa.

No coger es la peor de las indigencias. Hasta un sexópata pobre es más dichoso que un millonario desganado.

En cualquier caso, mi cara es sencilla. No hay que ser experto para descifrarla. Cara de ojete es de mal cogido. Sonrisa de oreja a oreja, polvo seguro. Y aunque esto sea asunto pretérito, todavía tengo ilusiones de remontar.

Desde las once de la mañana está buscando algo en los roperos. Una prenda particular, un libro. Revuelve los cajones, los golpea, abre las puertas, las cierra, cada vez con mayor violencia y suspirando igual que un prófugo. Son las seis de la tarde e insiste. Ya fui, corrí como diez kilómetros, volví y ella sigue dando vueltas por el mismo circuito anodino, de una pieza a la otra, de la biblioteca al armario de la abuela y viceversa. Ahora hace referencia a unos papeles, solicitudes, autorizaciones, presupuestos, proyectos. Es imposible para mí corregir o escribir con este panorama. Con su respiración agitada en mi nuca. Sus imprecaciones a la falta de funcionalidad de los muebles. Su recurrencia rabiosa a Dios, a la Virgen y a los Santos.

Su frenesí es inútil. Porque a la par que busca creo que pierde algo de perspectiva y encima yo, me pongo a rezar, boca cerrada y mirada perdida, a repetir algo así como un mantra insidioso "que no los encuentre, que no los encuentre". Por la noche todavía está en veremos. Se va a bañar, se acuesta, se rinde. Lo vivo como un pequeño triunfo. Aunque no puedo certificar que éste sea fruto de la efectividad de mi mantra o de su ciega obstinación. Tal vez esa sea la dinámica del amor últimamente. Anularnos el uno al otro. Festejar por lo bajo la frustración del enemigo amado. Pienso que se regodea, porque para mí también el día está un poco perdido, a pesar de la pírrica victoria que implica su frustración. No fue fácil urdir este círculo vicioso.

Se coge menos, se coge mal, se coge asustado, se coge apurado, nervioso, amenazado. A veces se coge bajo presión o menudeando. Se coge a cuentagotas, como si fuese un calmante para el que agoniza. Una instancia piadosa. Hay este drama en el liberalismo, este paisaje de rostros demacrados, todos malcogidos. Coincidimos con los compañeros en que el argumento de la vida es coger. En la vida hay que coger. Pero ¿cómo se hace para obviar el transcurrir de la *civilización sinceradora* y seguir cogiendo en dosis de barbarie peronista, mucho y bien, sin pensar en un pasado (que no sea peronista, los mejores días) ni en un futuro (que no sea para nuestros hijos)?

El proyecto velado es la aniquilación total del deseo. Los decretos argumentan "orden" y "transparencia" pero todo confluye en el desánimo. Alguien que *crea* no tiene espacio en la sociedad. La fantasía conmueve, pone en jaque las expectativas de un balance equilibrado.

El amor es un medio. Primero, un buen pretexto para la conformación de la Sociedad. Después un lastre. Si persiste no colabora en la armonía. El deseo es lo que determina las fluctuaciones patrimoniales. Del capital inicial pasamos a las ganancias. O a pasivos incubibles. Propongo deshacernos del amor, que amenaza el progreso de la empresa. El éxito es producto del cálculo y la sangre fría.

Despierto con cierta nostalgia recordando una frase enunciada casi al final de *Antes del amanecer*: "y los años correrán como conejos...". Y corren...

Observo con perplejidad el paso de los conejos. Imposible para mí, manejar algo de todo esto. Podría llorar, zapatear, los conejos seguirían pasando.

Huelo una dimensión política. No hay consumación del deseo si no llega el bendito segundo semestre o la lluvia de inversiones, los brotes verdes, algo. Así que nos mantenemos en vilo, inquietos, nerviosos. A la espera, los días se aceleran y empezamos a sospechar que no va a llegar nada. Si cortáramos todas las rutas, las calles del país, si quemáramos los campos, podríamos detener al tren fantasma. Los conejos se volverían dóciles, suaves, amorosos.

Atrapo el sueño. Sueño como punto de partida. El sueño no miente. Es por ese atajo. Porque igual, "los años correrán como conejos..."

Lo que reestablece el peronismo, e inmediatamente, son las ganas de coger con alegría. Ponerla es una cuestión bien peronista. Ponerla a cualquier precio y desde todos los ángulos. No ponerla es sucumbir a los intereses gorilas.

Se las amaña para encontrar (o inventar) excusas. Es decir, elabora sus argumentos, los prepara, arriesgaría que con devoción. Como si fuese a dar una clase o a defender una tesis.

Menos mal que ahora me río de la situación y no me hago malasangre. Ya sé que, de coger, será consecuencia del azar o insólita voluntad suya. Alguna noche que la agarre muy caliente, débil, o no sé, tal vez compasiva de mí.

Al igual que los pretextos, la "caída del sistema" opera como la interrupción del deseo. El vértigo burocrático se detiene sin sistema. Cuando el sistema cae, la decepción de la masa es perceptible. Aunque la misión sea pagar es necesario acabarla en tiempo y forma.

El retorno del sistema es como una erección costosa. A partir de ahí todo se desenvuelve con dinámica para algarabía de los contribuyentes.

¿De qué debe salvarse un matrimonio? ¿Del óxido, de la humedad, de la anemia? ¿Un matrimonio se arruina hacia adentro o desde afuera?

Dicen que una muñeca puede salvarlo. También muñecos bien dotados. Básicamente, satisfacen y no hablan. El lenguaje es el drama. Hay amantes discretos, menos onerosos y más activos. ¿El robot hace el trabajo completo o es una máquina pasiva creada para llenar un vacío?

¿Suda el robot? ¿Moja, besa? ¿Lidia con la ansiedad y la histeria? ¿Falla? ¿Exige? ¿Pide "pruebitas de amor"? ¿Se permite una impertinencia? ¿Robot es el macho travestido al servicio del macho? ¿Hay robots/objetos a disposición de cada deseo? ¿O el macho hace un robot a su medida?

Evalúo comprar una Lumi Doll para contrarrestar las limitaciones del cuerpo. La máquina revierte, provisoriamente, achaques de la edad.

No es necesario que diga: “voy a bañarme”. Tiene que saber que ese enunciado es en sí, un puñal. Su hoja afilada disecciona la glándula de las imágenes candentes. No quiero ni pensar que se está bañando. Juro que no quiero. Pero tampoco puedo evitarlo. Imagino. Ni arrancándome los ojos soy salvado. Aunque no haya sido testigo del objeto del pecado. Porque las palabras son como una mostración. Ella dice y yo puedo verla debajo de la ducha. Puedo ver más allá. Más que la materia visible. Más que mis ojos y lo que dice ella. Ahora y para siempre. En cada movimiento, en cada enjabonada íntima, cuando se agacha, cuando cierra los ojos y siente el agua caliente que la acaricia como si fueran manos blandas. La próxima vez que haga el amor me propongo reconstruir su cuerpo mojado, pegado al mío. Porque seguramente, no será con ella.

Es para chuparle los dedos. Para chuparse los dedos después, pero mejor no entrar en detalles. Sólo decir que exhibe una humedad embriagadora. Un éxtasis. Todo hay que tocar y lamer. Nada debe dejarse sin descubrir, conocer, desvirgar. Puedo jurar que su cuerpo no tiene desperdicio. Los dedos son como frutillas rutilantes sobre una gran superficie de crema. Apenas las frutillas. O sobre todo, las frutillas. Tan provocadoras, siempre, tan resbaladizas. Tan símbolo de otra cosa.

Tía Nilda me dice por cucaracha que coger en ojotas está bien. Lo veo complicado, pero especulo: “con zapatillas de running es la apoteosis”. El cuerpo coronado abajo con hermosas zapatillas fluorescentes.

No diría que es terca, aunque tiene fuerte tendencia a la identificación ideológica. La primera vez ya me trató de *compañero*. Seré peronista tibio, no de cuna, digo, su vocativo me descentró. Quizás haya sido culpa de los amigos mojigatos que nos habían presentado y frecuentábamos separadamente.

Después me acostumbré.

Como todo peronista no deja de provocar, ni cuando terminamos de coger, entonces se incorpora, se pasea alrededor, las tetazas bamboleándose, sonrío y saluda con dos dedos en V como si fuese el bendecido. Animal político, milita hasta en la cama. Sujeto coherente: dice lo justo y necesario, pero persigue lo imposible.

Me llama *compañero* donde raye. “¿Tomás algo, compañero?”, “en cinco bajo, compañero”, “quiero masajes, compañero”, “ahí acabo, compañero”. Los mejores días siempre fueron peronistas.

Postula que todos somos iguales, somos compañeros, “*de alegrías y tristezas en la escuela y en el bar*”. Infiero que así evita el riesgo de confundir el nombre de un amante y también, que ha elegido copular con meros peronistas.

He cometido el peor de los pecados, me compré otro par de zapatillas. Pienso en Aquiles, que corría descalzo o con sandalias muy precarias. ¿Cogía Aquiles o encontró en las maratones anárquicas y en la guerra una forma de pacificar su deseo? ¿Es posible acallar al perro infernal?

No alcanza con correr, Aquiles lo entendió y luego necesitó matar. Y tampoco alcanzó. Sólo la adrenalina de coger conforma a los pueblos rabiosos.

Estoy caliente. Necesito salir de mi cuerpo. Escapo de mí. Corro o mato. Aun así, conservo la fragilidad de mi talón. Por donde yo corro hay peligro. Así se trate de un cuerpo tibio.

En estos días otoñales se complica ir a correr. Hay que enfrentar a la humedad como se la enfrenta en una cama. Total, llovido sobre mojado.

Corro fuerte. Cojo en rachas. Escribo con interrupciones. Leo dificultosamente. Padezco euforia musical. Tengo mis días, algunos estridentes otros mudos. Pero existo a tiempo completo, como si nunca durmiese. Digo, duermo con medio cuerpo alerta. Atento a las invitaciones que no llegan.

Los polvos veloces, rutilantes o aquellos que parecen cortos, que el tiempo no les alcanza, esos que dejan la sensación de que uno puede volver luego a completar la tarea. Como quedarse con hambre y saber que conservamos "algo" en la heladera. Un polvo raudo, insubordinado, sin riendas. Los cuerpos alocados, precisamente, un rato antes de ir al taller de... A contrarreloj, casi.

No puedo luchar contra el deseo. Ya tengo ganas otra vez. Ya tengo sed de nuevo. *Recordando tu expresión, vuelvo a desear.*

El que escribe no puede quedarse sin problemas, sin su trauma. Cuando cojo me pongo a buscar desesperadamente otro drama mínimo, cotidiano, que esté en condiciones de expandirse y convertir mi cuerpo en un volcán de rabia. Que el cuerpo padeciente derive en escritura. Coger clausura una grieta pero abre otra. Me quedo sin fundamentos. Porque no escribo de coger sino de la tragedia de no hacerlo. Si cogiese no habría escritura. En ocasiones, no tengo más opción que hacerle una zancadilla, buscar el pelo en la leche, recordarle su pasado para poder escribir ahora.

El deseo es para mí una cuestión de poderosa impronta narrativa. Es necesaria la continuidad. Pero también el corte. Hay que tener el tacto suficiente para saber dónde parar. Una paciencia divina para llevar hasta el paroxismo un propósito en ese terreno atravesado por prejuicios y tabúes. Por eso, me resulta imposible trazar un relato sólido alrededor de mis placeres sexuales. ¿Alguien puede? En esta casa no hay tacto ni paciencia. Permanecemos en un estado de continua beligerancia. Las escaramuzas se multiplican. Las treguas son frágiles.

Soy consciente de que me contradigo, de otro modo no estaría escribiendo. Si fuese un Don Juan, otro sería mi periplo.

Se comprende al hombre trabajador. Al hombre religioso. Al deportista. Hasta al artista se suele aceptar. Pero se discrimina al que desea. Todo aquel que declara sus "ganas de coger" es abominado, separado de la manada, mirado con otros ojos. Un "deseoso" es ya un adicto.

Se piensa todo el día en obligaciones. O se piensa en la muerte. O se piensa en el sexo. No puedo determinar una jerarquía de obsesiones.

Me estoy proponiendo seriamente dejar de considerar al sexo como algo trascendente, el centro de mi vida. Pero, a la vez, aparece otra variable que desplaza la línea fronteriza del deseo más allá y me arrastra, me posterga en el tiempo y persisto como un sujeto insatisfecho.

Por otra parte, no dejo de tomar esas infusiones que aconsejan para el insomnio, pruebo sedantes, el Alplax no alcanza. Ya no viene como antes o mi organismo exige más. Pienso en drogas. Sigo los consejos de algunos amigos, voy a yoga o corro todos los días. Intento que el cuerpo colapse, pero parece que no es sólo el cuerpo, hay una otra cosa, una imagen que de repente me despierta y me excita.

Digo que tengo que parar, salir de esta lógica casi suicida de buscar y no encontrar. Empecinarme en el rechazo (empecinado). Salir. Salir de adentro. Entrar en *Netflix*. Comprarme una *PlayStation*. Volver a la bobería futbolera, a tomar en cantidades, a creer en Dios. Si creo en Dios, pienso, si lo alabo, si leo su palabra, la interpreto, es probable que remita el vicio, el apetito.

Hago esfuerzos que me exceden para dejar de pensar. Trato de persuadirme, me dirijo discursos de autoayuda, podría pegarme cachetadas. Por ahora las estrategias fueron vanas. Alguien me susurra, me sugiere, me tira el anzuelo y ya estoy otra vez arriba de la calesita supersónica.

Anoche me acosté desnudo y nadie me tocó. Como cuando me pongo el pijama. Ayer la etiqueté en un post que publicitaba una película de Paz Encina. Pero no se dio por aludida o no le interesó. Es casi natural para mí. Hace un tiempo le dejaba cartelitos de amor que no leía. Esta mañana me levanté y me hice el amor, solo. De noche fui a ver la película, solo. Un día borré todos los mensajes, los taché y quedé más solo. Ni ella ni nada. Ni las palabras que escribí. Hago un *ejercicio de memoria*. Podría llorar por esta suerte. Pero prefiero salir del amor para entrar en el amor.

Hay una mujer en la cama, una mujer bella, apenas vestida. Me sorprende a mí mismo queriendo dormir. Hay una voz adentro, la coacción de mi padre retumba: "¿sos viejo o puto?".

DARÍO ANDRÉS RUIDO nació en la ciudad más caliente de Argentina, también, dicen, la más rumorosa, Presidencia Roque Sáenz Peña. Ahora vive en Resistencia y mientras se recupera de una carrera de diez kilómetros, esa pasión que encontró para disimular carencias, alguien le pide una biografía, que viene a ser lo contrario del deseo, una paja triste, casi sin objeto. Piensa en los años que perdió estudiando Letras para colgarse un título que no le sirve para nada, piensa en los premios pírricos que obtuvo de joven, alguno en poesía, otro en cuento, piensa en los polvos que se convirtieron en hijos y en todos los perdidos en el éter, piensa que mañana tiene que volver a recaudar, a escribir, a correr, a leer, a escuchar The Cure, a mirar escenas de Mad Men por enésima vez y llorar por enésima vez por las mismas tonterías, y piensa que esta noche Racing tiene que clasificar a la Libertadores, pero él no podrá verlo, porque ya no hay Fútbol para Todos y porque lo convocan a una reunión para finiquitar la edición de estas crónicas, o sea, le cancelan lo que podría ser un orgasmo, otro, tan efímero...

